

tiempo en la casa

Número 4 • mayo 2014

Suplemento de la revista *Casa del tiempo*

El libro de Era

Lorenzo León Díez


Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

LORENZO LEÓN DIEZ (ciudad de México, 1953) Es investigador de la Universidad Veracruzana y director del periódico de arte y literatura *Ciclo literario*. (www.cicloliterario.com). Ha publicado, entre otros, los libros *La realidad envenenada*, *Fragmente* y *Cuentos infieles*.

Foto de portada:

Mujer de Tehuantepec, 1929. (Fotografía: Tina Modotti/George Eastman House/Getty Images)

Rector General: Salvador Vega y León **Secretario General:** Norberto Manjarrez Álvarez **UNIDAD AZCAPOTZALCO Rector:** Romualdo López Zárate **Secretario:** Abelardo González Aragón **UNIDAD CUAJIMALPA Rector:** Eduardo Peñalosa Castro **Secretaria:** Caridad García Hernández **UNIDAD IZTAPALAPA Rector:** José Octavio Nateras Domínguez **Secretario:** Miguel Ángel Gómez Fonseca **UNIDAD LERMA Rector:** **Secretario:** Jorge Eduardo Vieyra Durán **UNIDAD XOCHIMILCO Rectora:** Patricia Emilia Alfaro Moctezuma **Secretario:** Guillermo Joaquín Jiménez Mercado

Tiempo en la casa, número 4, mayo de 2014, suplemento de *Casa del tiempo*,

Revista mensual de la **UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

DIRECTOR: Walterio Francisco Beller Taboada **SUBDIRECTOR:** Bernardo Ruiz **COMITÉ EDITORIAL:** Laura Elisa León, Vida Valero, Rosaura Grether, Erasmo Sáenz, María Teresa de la Selva, Gabriela Contreras y Mario Mandujano **COORDINACIÓN Y REDACCIÓN:** Alejandro Arteaga, Jesús Francisco Conde de Arriaga **JEFE DE DISEÑO:** Francisco López López **DISEÑO GRÁFICO Y FORMACIÓN:** Rosalía Contreras Beltrán.

El Libro de Era

Lorenzo León Diez

*Diríase que sólo ella mantenía
La duración de las cosas, desde lejos.
Pero de cerca, era simplemente una
Mujer hermosa que olía a jardín.*

ODISEAS ELYTIS

PODRÍA EMPEZAR CON LA LUZ (o la esquina más alegre de tus dientes). Podría empezar con un pedazo verde del sabino guardado en mi cartera o por el tiempo que huele a maíz tierno y nos llevamos a la boca. No sé por dónde empezar a decir tu nombre. Quizá por el aroma pulmonar de tus costillas o por la lista en latín de un jardín fósil. De cualquier modo sé que es inútil como el sermón de un sacerdote frente a un muerto que respira el copal de la oración. No hay forma de esculpir tu nariz sobre mi azoro, ni de tocar aquí la tibia erupción de tus rodillas, a no ser que dijera que te encontré sabiendo que vendrías a saturar tu simple nombre con la sorpresa indescifrable de tu rostro. A no ser que dijera sin palabras el dibujo de tus pupilas negras en la piel de un guijarro. En fin, no me preocupa saber que es imposible que aparezcas aquí donde no estás. El fin de este principio no tiene letras ni acentos. Tiene tal vez la sutil hierba de tus dedos creciendo en mi mirada. O tiene quizá pies sin camino, limpias raíces de tus muslos nobles. ¿Tú crees?, me dices y digo creo no poder ni hablarte enmudecido como el testigo de una santidad. Pero hay que registrar tu nacimiento. Digo Era, un acta no oficial, un documento de aire, nómadas mis palabras no conocen las huellas. Así que esta historia carecerá de archivos, encartes de diálogos secretos, los dichos sucios que construyen los peldaños de nuestra respiración nacida y

muerta en menos de un segundo, húmeda cual pez nadando en mis encías. Habré de trabajar como poeta en la blanca aridez que no logro entender cómo ennegrece, cómo ilumina, cómo hace para que la fina textura de la página sea una sábana revuelta, casa de nuestra novedad agradecida. Habrá tal vez que contar sílabas, matemática para mí desconocida, pero por ti haré una suma, una resta que encuentre el equilibrio entre mis dedos y la libertad de tu silueta. El rigor que los poetas exigen a estos cantos me perdone. Así que no la tengo fácil, ser un poeta sin ser poeta, cuando menos un organismo escritural que civilice la fiera oscura que huyó de tu filosofía sanguínea, de tu razonamiento capilar que prefiere desde ahora ser cascada, caída, precipicio, pozo, túnel, cráter activo, cueva que te divide. ¿No te aburro aún? Pues mira qué toscos mis pinceles, infieles para copiar la galería de tu cara, mostrar tu cuerpo desdoblado en este espejo que puse frente a ti para buscar te encuentres en mi paso ondulante. ¿A dónde voy contigo? ¿Desde ti me despido? ¿El amor (y esta palabra debe evitarse en un poema) da el olvido? Bien me contesto: haz a un lado los nombres inventados, se trata de contar sin geografía, sin territorio, que sin embargo los poetas amueblan con casas de muñecas vistiendo ropajes centenarios sacados de una tumba de Atacama. Y ya ves me traes con tus amigos que le hablan cariñosamente a sus pinturas, con tus antiguos novios que derraman la oceanía donde relampagueaste, con tus amigas animales, que tienen por costumbre montar en sus caderas a jinetes austriacos. Bueno, tú me entiendes, ningún lector que busque claves podrá encontrar las resonancias de mi transcurso bajo la luz del Valle de Oaxaca hacia el árbol del Tule. Y fíjate que hablamos de cuentos y novelas, de cuán lejos estoy de las pocas palabras para formar el mundo o al menos la estrechez de tu cintura. Y veme cual gusano de seda. Cual araña tejiendo incertidumbre para seguir tu modo donde caben todos los adjetivos, con una condición: naufragar, verbos-botella, palomas de alegría como las veo salir del cristal enjaulado de tus magias, de tu meticulosidad en la llana esperanza de cambiar tu virtud por la moneda exclamativa que compra un hueco en el corazón de los hombres.

En esta mesa pongo la foto: no hay brújula para avanzar en las latitudes de su mirada.

Sin guía que nos conduzca podría tratarse de una pérdida reposando de las gulas ocultas bajo la sábana de su desnudez. Sus brazos acolchan cómodamente la nuca pero no hay lasitud, más bien una quietud generadora de antiguos sentimientos. Aparece en el fondo una cabecera corriente —con seguridad una cama pública— aunque la fina piel de la muchacha, sus nítidas cejas formadas por un arco de terciopelo, su boca extenuada y como pacida por otros labios, su cabello nutrido por largos dedos (y los fantasmas que danzan en la luz congelada), indican que la chica no ha cobrado. Y si acaso existiese una suma, en el resto del absorbente huracán de pupilas melancólicas, sería la nada del fotógrafo y el infinito que se atisba en el principio de las axilas. La unidad manifiesta de su serenidad nos invade desde el papel emulsionado como si alguien, cuyo nombre esconde en su flagelo un místico, hubiese decidido envenenarnos al echar en el cuenco de sus ojos una tintura cósmica. ¿Por qué inquieta esta quietud de la chica? ¿Es por lo que acaba de suceder en esa cama? ¿Por qué en este rostro inmóvil algo se mueve aún?

Una forma respira y la mente nos ve sin compasión, sin interés, despierta al interior del sueño. La chica construye una tristeza idéntica a la plenitud, una espiral se teje en ascendente ventisca que disloca paraderos, estaciones, carpas, láminas donde se graban los nombres de nuestra civilidad. Entonces la foto es un umbral; la aldaba, una vena donde sangra la imagen de Era y araña la memoria que lastima a los hombres cuando ven a esta muchacha acostada en el filo del tiempo recortado por el flash. Era cumple un comportamiento secreto que no por estar fuera o antes del *clic* impide contemplar las huellas de una estampida del deseo. Yace Era sin preguntas. Nos ve y nos convierte en contestación no pedida, nos vuelve calor, nos consume su materia de incendio en esta imagen de ceniza.

Era lamenta las huellas y cicatrices en su vientre —testimonio de la vastedad que la habitó, viejos arpones liberadores y curativos que un Ahab de bata blanca insertó en su cintura oceánica—. Y yo le digo que si no estuviera allí la seña de identidad de sus hijos espiga y de su sobrevivencia, se acabaría el *casi* de su perfección y habría el riesgo de que el mundo se deshiciera.

Dice mi hijo: no des forma a los sentimientos, al nombrarlos los limitas, destruyes lo que de vivo tienen, sus designios son nada inventada por los poetas en su impotencia de tocar apenas su piel. Húndete en ellos sin palabras, habita su oquedad sin pedir credenciales. Calla cuando los sientas. Aprende de su quietud o simplemente velos arder ajenos a ti. Comprende sus colores sin vocales. Son necios los hombres que insisten en nombrar lo innombrable, que tapan las ventanas de su interior, que apodan la transparencia y a la menor provocación cantan cuando los sentimientos nacen para nunca ser dichos, son anteriores a los hombres, a cualquier vibración, lejanos de todo aquel que emborriona papeles. Mi hijo concede sin embargo cierta oportunidad a los músicos que miran a los sentimientos sin palabras. Pero los poetas —dice—, por favor, qué tristes son en su afán de humanizar los sentimientos, levantar plegarias, construir epifanías, esculpir himnos, engarzar sonetos, en fin, todo eso que hay en los libreros, cuando los sentimientos son inmunes, están solos, rodeados por perros hambrientos de nombrar con guitarras pegadas a sus lomos para ir bajo balcones, al rincón de una cantina, a los reclinatorios y berrear con verbos y adjetivos; ¡versos! ja y ríe. Y es, papá, porque los hombres no quieren vivir sus sentimientos, no quieren aprender de su pureza, no soportan que carezcan de lenguaje. Todo esto me lo dice por teléfono al agradecer el regalo de existir y decir que no puede darme nada porque está solo en casa observando sus sentimientos hacia mí, sin apego, sin apuro, como quien ve un jardín. Y yo pienso en Era y veo que no aprendo, escribo, necio, busco nombres, me desespero bajo las estalactitas donde gotea su rostro.

Me gusta despertar pensando en Era y descender al sueño erosionado donde encuentro su imagen. Allí está, grabada en una piedra, pintada como una mano abierta para siempre, tallada en una roca con cara de animal, representada en la obsesión gástrica que dio origen a la espiritualidad. Así que bajo al territorio de los párpados

cerrados y en medio de un incendio controlado veo su sombra en la danza de cuerpos demoníacos. Sus muslos, su pubis recortado enseñan a mis labios sus tibios labios para descifrar petroglifos en su gemido que tiene la solidez del granito, la dureza de un sentimiento muy anterior a esa asamblea de fieras desnudas de pelaje, lúbricas al adorar a Era, Diosa de la esquina no creada, no referencial, sin código, distante en su entidad celeste a quien nadie anuncia ni profetiza pero todos sabemos que existe y le oramos a Era, Diosa que no perdona porque tampoco salva y está sentada a la derecha, a la izquierda sobre mis rodillas, encajada en mi vértebra de sangre; inunda mi visión con un mar lácteo, anterior al origen que creó los sentimientos, mucho antes que Dios con su saliva inventara a los hombres. Por ello Era no me conmueve. La toco, la beso, me inclino ante ella porque es una abstracción.

La siento y aprendo que nada hay que decir pues Era está lejos, atrás de mis sentidos, creciendo en musgo milenario, en la esfinge del día, en la madrugada que convoca mi talento de vigía para cazar su imagen como ahora que despierto al sueño, donde lenta avanza, nómada de huesos destemplados, meneando una rodela de oración, espiral que asciende.

Una vez descubierto el sentimiento, Era y yo nos tomamos de las manos y lo abarcamos dejándolo en el centro. Allí está el sentimiento. Respira en un planeta no atmosférico, en su piel reflejante revela eléctrica su infancia y cuenta su vejez sin gracia, pesada y densa como un valle lunar. Recuerdo de nuevo la sentencia de mi maestro, niño que crié: el sentimiento no nos pertenece, nos confundimos porque ama el sentimiento tener en su orfandad rasgos humanos. Pero es sólo apariencia porque es frío cuando Era y yo lo acariciamos. Casi está muerto de tanto ser tocado, cuando corre por él la sangre de un cometa.

Era y yo, en medio el sentimiento, nos miramos y sonreímos. Lo hemos atrapado. Tiene dibujado un corazón sobre su tez de arena. Tiene labios de mujer entre un bosque capilar. Incluso besa. Era dice que vio sus pantorrillas varoniles y las tocó con sus mejillas. Yo noté al sentimiento ajeno, lejos, en retiro como un monje budista.

Vi su fatiga de tanto ser usado. Incluso carraspeó como un borracho y luego farfulló una oración en un lenguaje apenas comprensible. Era y yo estábamos felices. Sabíamos que el sentimiento había acabado también con el dolor. Así dijimos: pobre de él, sin nosotros estaba abandonado. Lo vimos con arqueológica emoción. Éramos libres.

Aro todo el día, toda la noche la tierra Era. Llevo a mi boca campesina un tazón de café y mis manos callosas de su ausencia hundidas en la tierra de su no estar aquí las siento impregnadas del polen de su piel. Si no fuera verdad su risa, su cara sería, sus ojos ataviados para la fiesta podrían decir que Era es más bien un abecedario metafísico y no la tez en la que siembro mi sudor al poner en sus pezones las semillas de mis besos. Por fortuna Era existe, vaga ahora entre totopos dejando desde sus genitales frutas en los tendidos del mercado. Camina entre iguanas; a lo lejos ve barcos y a veces hasta escupe mariposas porque Era es la totalidad fundida y fusionada. Así las cosas siempre la reconocen como a mí cuando en la mañana

salgo con mi portafolios llevando un río muy orondo, sin tarjeta que checar para sentarme en un parque y desde la entraña, que cargo entre mis folios, buscar remolinos reflejantes, como si el río escondiera en las arrugas acuosas de su ropa una fotografía fluvial, donde la ría, su amada, le recuerda que hace días en cualquier valle pasaron tomados de las manos contando sus derrames. Así que Era es templo de agua, campo de siembra, servilleta escrita, humo pulmonar, palpitación del sol, sonido que duerme en la cantera y todas las canastas esperan salir por las manzanas que cultiva su padre y que ella entrega a los mortales como yo, cuando llega la hora de compartir el pan oloroso a sidra filtrada por sus muslos.

Le digo a Era que el espíritu a través de mis brazos de paloma me envió a ella porque luego de su último romance me esperó casi un año en vida conventual.

Y por eso cuando en el primer hotel que ocupamos iluminé con temblorosa llama el tibio claustro de su geología púrpura vi que en sus paredes sin ventanas Era me había fijado en célibes palabras aguardando en su quietud de yeso el colibrí flameado que sacudió su estancia santa.

Lo sé, le digo a Era cuando la descubro esta mañana yendo por la fruta, su rostro fragmentado en las sombras que se imprimen en la ladera del Tepozteco, que se construyó para que este día yo la viera en la roca.

Tome lo que quedó en los poros —cada partícula mínima de espacio es un diseño en flor, forma de una respiración pintada por tactos invisibles—. Añada en la floración oculta de Era el verbo no conjugado —un monolito inmóvil, punto final de una excavación sin ambiciones minerales, tan sin sentido como el viento cálido que los turistas reflejan en sus gafas—. Mezcle un ¿tú crees? para empezar el diálogo con Dios y calle de inmediato; escuchará una imagen de cabello negro y denso que fabrica fluidos mentales, aromas cárnicos que fijan el aliento astral de Era. Agite el fragmento de una memoria revelada sólo en el dormir y verá que es su dictado una voz depurada en oraciones, frases cinceladas por un metal de plumas. Eso es: un material que vuela y pesa para deshacer toda idea de gravedad. Caliente el resultado de esa combinación con una línea de sol en el aro lunar de Era, una corola, una corona, un aura que resplandece alrededor de la virgen (porque Era es intocada como un arpa de hielo) y guía los rezos de peregrinos que la adoran sin pensar el riesgo de sus pasos. Filtre lo que produjo esa escritura y espere un despertar con ella una mañana que ya huele a café, cuando por la ventana de su alcoba el césped se estira y todo llama a los poetas a crear el instante, la huella de lo que quedó en los poros —cada partícula mínima de espacio es un diseño en flor—.

Era y yo visitamos al sentimiento y delectamos un óbolo a dúo para pasar a la urna funeraria donde descubrimos los destellos de hordas admiradas. Allí está el sentimiento. Cayó del cielo. Cruzó heladas praderas. Goteó del universo para crecer aquí, donde no pertenece; tras el vitral umbrío vimos sus ojos complacientes adquirir el color de quien lo mira. Aunque está encadenado el sentimiento gruñe amenazante y encanta también como sirena a quien lo oye. Triste es el sentimiento encadenado

a un poste para ser contemplado por seres superiores que lo reconocieron como pedazo de una cósmica agonía. Por eso Era y yo tomados de la mano quisimos liberarlo, dejarlo ir como a un pájaro enjaulado mas no contamos que el sentimiento estaba enamorado, que ufano en su prisión la había tejido poco a poco rodeado de asistentes milenarios. Y era el sentimiento una araña inmortal que mucho había penado para llegar aquí a su universal exhibición. De esta manera Era y yo decidimos solamente arrojarle una estrella que bebió con su lengua fantasmal y eructó el poema de nosotros mismos.

Pleno de Era, hecho un ovillo no puedo leer sino poemas y recordarla en el Hotel Garage un medio día de invierno en el valle mecánico de Tenochtitlán, cuando desde Coyoacán tomamos Tlalpan en un auto presta-do buscando ser los dos uno solo en el Hotel Garage.

La vi en el parque Centenario, en un bello café en la banqueta. Su rostro de top model vino a mi encuentro para acordar buscar un sitio anónimo dónde decirnos cosas silenciosas y cumplir el deseo de desnudarnos viéndonos al espejo como lo hicimos en el Hotel Garage.

Tomamos aromáticas bebidas, fumé dos Raleigh y pasamos a la representación milenarista que don Fernando Díaz monta iluminado en su librería donde Era escogió la Kundalini de Osho para aplicar los verbos de los Chakras sentada en mis rodillas en el Hotel Garage.

Las limpias sábanas fueron poblándose de fiestas salivales, tinturas sagradas, pues Era en ese entonces era más pura que otras veces en las ondas de su marea roja.

Luego de dos sándwiches secos y una cerveza, un baño tibio y unas monedas dejadas en la mesa salimos a la Puerta del Sol, vieja cantina donde ante sendas micheladas y ricas botanas nos relamimos las mieles que sobraron de nuestra estancia en el Hotel Garage.

Sentado en el camión que me retorna siento que yo soy el lenguaje, que antes de mí no existía el verbo ni la palabra Era. Corren afuera paisajes ocultos en la noche que juega entre sus manos al autobús vacilante mientras veo en mi cabeza cómo surge la historia hablada en un susurro parecido al recuerdo. Imagino lo que diré a Era una vez que la noche concluya y salga el feto de mi despertar. Es el grito de un instante ido, de un instante que no llega, de un instante que tiene la cerca de esta pronunciación estricta, paladeada, cantada entre el run run del motor que abre en la distancia mi poema cortado en el viento, diciendo Era ara surca gime jadea suspira comba el primer aire, fuera del vientre de metal donde mis palabras sin lengua convierten al embrión de mi sentimiento en sonrisa asombrada.

Anduve con Era en un paisaje y en el cuaderno de un niño hallamos una puerta de marfil: diente de un antiguo habitante de una tarde inmensa y triste. Un arco iridiscente escribía sobre ese umbral: aquí empieza el sentimiento.

Y Era, en ese entonces una niña de ojos tan serios como un lago, me enseñó por vez primera su rostro algodónado en el espacio azul. Era tenía la falda levantada, sus piernas con un rayón de tinta. Desde entonces y a escondidas ya escribía versos

y allí, en esas palabras, vi por vez primera la ortografía del navío agitado en las olas de su danza en el patio. Leí un mensaje extraño en los holanes del calzoncito de Era. Seguimos transcurriendo en páginas y nos olvidamos uno al otro, no supimos durante muchos años nuestros nombres. Ella se casó, se reprodujo, se fragmentó como la célula de un gis en la pizarra del tiempo. Y yo también crecí en un rizoma de obsesiones, hasta hace poco que nos encontramos en el corazón de una palabra escrita en la página de sus piernas. Un cuaderno donde estaba un mapa secreto con una cruz marcada en su espalda adulta que huele como las tardes del recreo, a leche y hierba tierna.

Estamos tan adentro que no vemos el paisaje arder en el principio que termina en nosotros, donde los soles se criaron bebiendo helio. Ahora comprendemos que somos secreción del fuego, desvelo de fragmentos echados de otros mundos.

Y andamos sin mirar arriba de tan abajo que nos lanzó el big bang. Sólo el dolor y el miedo son leales a la tormenta eléctrica, bestia en nuestra espina como tu herida, Era, en el núcleo boscoso, hoyo negro devorador de gravedades, donde cualquier intento dibuja el misterio del vivir.

Le digo a Era que soy un corcho flotando en el océano de los días, que así quiero vivir sin compromiso ni con el sol, indiferente al agua que me mece al interior de la luna reflejada en la deriva, agradecida del dormir. Le digo a Era que su existencia fragmenta mi profanación. Ni me hundo ni asciendo, todo se me va en palidecer cuando la nube de su seriedad oculta su sonrisa, al ver mi inconsistencia, mi incongruencia, mi inconsciencia, mi inconsecuencia, sentado en esta habitación de puertas derruidas, con un balcón donde crece luz seca rociada por motores celestiales que eructan nafta y que soportan la espesa fiambre de mi mente, aunque el corazón no cesa de latir en contra del pensamiento que dicta esta escritura. Era vino a visitarme en mi divagación acuática; cayendo cual cascada, mojó mi desnudez de saltimbanqui y puso en mis manos de madera los peñascos de sus ojos, dos joyeles de amor petrificado que mercan las mujeres con el espíritu. Era me pide sostenerlos en la línea de los días que desbaratan mi sed. Son sus ojos pedazos astrales, espejos no contruidos, latencias de cristal que derraman sobre mí su sangre volcánica. Y le digo a Era que estoy a la deriva, que soy resto de un naufragio que no puede hundirse por falta de peso pero que llevaré sus ojos como un mensaje anónimo, que la luz de su mirada será un combustible en el vendaval de los terrores y que en mi bolso acomodaré este jirón de letras imperfectas para anunciar su advenimiento al mundo sin hilación. Me da Era sus ojos porque sabe que mi infancia no ha concluido, que soy atravesado por demonios y ardores blasfemos, que soy astilla de la Gehena a la que me dirijo, que soy la pesadilla de la navegación, un timón roto, un remo perdido, una bitácora convertida por la humedad en máscara del abandono.

Y Era, desde su llanto orgásmico, deja caer un manto secular sobre mi tórax donde lee la astrología triangular de mis lunares y atenta descifra la ingravidez y da vuelta a mi corazón como una concha encontrada en la frente de un pirata. Así pone una cruz en mi esternón donde yace una gran antigüedad de vicios, ocios que

han mancillado a las muchachas, contagiado glaciaciones, esparcido la peste de mis palabras, excitando la luz hasta gangrenarla al interior de una caracola. Ahí, en su laberinto calcáreo escribo la carta de mi interior abotellado donde está la fecha en que terminará esta dilapidación de mi elixir seminal, fuente de éxtasis y nostalgia. Era viene y me dice: Era es mi nombre, átaló a tu memoria, cuélgalo en tu cintura, te sostendrá en el mar al ras del sismo, florecerá sobre ti en tantos sitios públicos donde te visito, en los rincones que llena tu deriva, márcalo en tu cuaderno, temblará la página al inscribir cada letra que no tiene necesidad de tu poema bastardo, de tu ofensa meliflua, de tu graznido de leproso. Quédate abajo, no tienes ninguna nervadura, ninguna raíz que no sea el agua mala, que enroncha y acidifica lo que toca. Pero por ti estoy llorando, dice Era. Ni siquiera eres capaz de medirte en la tumba de tu deseo. Y cuando habla Era con dientes de relámpago oigo aún más vacía el remedo de mi embarcación, inútil incluso para desaparecer en el océano de los días. Caen los cabellos de Era desde nubes que chocan y se funden en diálogos helados cuando a mi alrededor clama la vorágine y emerge una garra de hiena.

Era en la cantina cruza las piernas sentada en el banco de la barra y ve en las botellas reflejadas las esencias que nos convierten en coro de miradas encantadas a los que como yo estamos en la fiesta de este instante.

La Farola tiene en sus maderas historias que can-tan la misma letra en formaciones diferentes del siglo que concluyó, tan parecido al parpadeo de esta tarde que Era decidió invitarme a acercar sus labios frugalmente a los míos saboreando un mezcal.

Era pasea por el mercado. Todas las manos ofrecen sus productos: sismos hechos manzanas, maremotos en tacitas de sangre, chapulines saltan a su boca, desiertos destilados en una tuna entran a su prenda humedecida por la creación de mi deseo.

Ruedan a su bolsa tortillas de maíz, grecas cinceladas se pierden en los pasajes jardinados de su rostro, del que no puedo salir. Vagando en su respiración ensartó uno a uno los gusanos de maguey que tejen el cuento de Era. Las viejas erupciones, sus épocas glaciales, las lluvias que mataron elefantes alados y dejaron nopales que Era mastica al meditar sentada en una banca del mercado detenida por siglos, minucias de madera, juguetes de minutos que Era acaricia, niños del tiempo que le toman la mano de adusta antigüedad, oliendo a crema y le dicen Era, cómprame, quiero bajar por tus mejillas y poblar el camino de tu amado, florecer en el sendero donde fluye su deriva.

Era, le dice la yerbera, prueba este filtro, disipará la oscuridad del sueño, espantará a la muerte, hará mentira el miedo. Todo es entusiasmo al paso de Era, el mole negro le tiñe de su negra broma un codo, la cebolla le ofrece un diente de ajo, todo se organiza para que Era lo vea: el pan con su corona de semillas, el comal listo para mecer al fuego.

Todo viene a su paso rotativo, en tumulto, los tamales de rancho, los chiles macerados, el atole de pinole y piloncillo le piden un presagio, le exigen profecías, le ofrendan sus liturgias para que siga mirando sorprendida el talento de aquellos habitantes afanados en el valle que la nombra, donde construyen con paciencia la

ilusión hechizada de sus ojos, la luz de los molinos, que tienden cielos neutros, en los pasillos del mercado para que Era arroje unas estrellas. Y yo la sigo comiendo amarillitos, coloraditos, azules envoltorios de pájaros cocidos, que inspiran un llamado a las llamas para barrer los pensamientos que lee el mundo.

Entré por vez primera en la alcoba de Era. Mi paso disipó el orden de aromas intactos, emanación de su realeza ungida entre cortinas y memoria de cantos filtrados por vitrales.

Todo aparecía limpio de dudas, escalonado en el gran espejo desde el que apareció la gracia de Era con sandalias. Llegué a la alcoba de Era. La alfombra olía a césped, a heno espiritual, la luz de las mesitas iluminaba sutilmente la mullida terraza de su cama, teatro de inmóviles pasiones, grabadas en el cuadro de un bosque. Yo estaba cansado de leñar todo el día mi conciencia, de construir con clavos de mi sangre la balsa del instante. Tenía en el cuerpo manchas de sol, costras de atardeceres, mis pies soltaban polvo de desiertos mentales donde ríe y se esconde la locura burlándose de mí. ¿Por qué estaba aquí en el núcleo íntimo de Era? ¿Cómo lo había ganado? ¿Era un premio —su cama— luego de mil batallas sin metáforas? Siendo yo de una estirpe de lobos sin raza ¿qué había hecho para merecer dormir en la matriz de la noche? Al caer la ajada túnica, Era roció sonriente mi desnudez de asceta que descubrió su corazón de tinta. Dijo Era: quítate también la tosquedad de tus huaraches, y quedaron en el piso de musgo flores y tumbas, momentos sin compasión, suciedad nutricia. Pasé a ducharme. Una cascada de humo pulió mi piel como la de un soldado del misterio. Y salí a levantar la colcha tejida por amorosas artesanas, las frescas sábanas recibieron mi cuerpo y lo envolvieron con caricias nativas del valle de Israel. Y desde la densidad de su altitud vino Era a la cama vistiendo su camisón de solitaria. La acompañaban pájaros nocturnos, lechuzas de ojos melancólicos, cuyas alas comenzaron a vibrar al comienzo de mis monumentales confesiones, caídas como pétalos de un girasol en el encaje de su pecho a través del cual vi la compleja maquinaria de su corazón que recibía mis palabras desmayadas. Sentí después cómo mi cuerpo frío por el dolor de aquellos recuerdos que narraba brillaba otra vez con su amoroso abrazo.

El sol de sus oídos me hacía amanecer a otra oscuridad preñada con su vida.

Amé esa noche a Era igual que se construye una efigie en la playa donde ruge la eternidad. Fue la fecha en que el sueño se fugó del territorio de los hombres. Nos dimos cuenta que el sueño nos temía pues lo habíamos despojado de esqueleto, nos pusimos su carne —como el traje de una mascarada— y por eso reíamos.

Juntamos las bocas y soplamos hilos de fuego perfumado entre almohadones hechos de aves, espiral del vuelo.

Cuando de la tierra los mares se evaporen, las plantas, el césped, la maleza, los bosques se difuminen en una estela fosfórica e inicie la tierra su camino, hecha ya una nuez de acero, hacia las fauces del caníbal galáctico de Andrómeda, tú y yo ¿qué seremos Era? ¿Dónde habrá quedado esta mañana de pajarismo acústico?, ¿y tu cara, donde este futuro está contenido, qué otros soles reflejará cuando el nuestro sea un enano negro en las manos más oscuras aún del cuerpo celestial que se desnuda?

El día nace por Era. Su luz blanca toma de esta página la libertad. Mi camastro tiene todavía entre sus sábanas los cabellos de Era arrancados ayer por mis suspiros en el reclinatorio de mi almohada. Todo nace hoy por ella. Los autos que pasan en la calle van hacia ningún lado por ella. El albañil que empieza su tarea con el cincel y el marro lo hace por ella. La ancianita que entra a la iglesia con su paso empapado de horas reza por ella. Así el hotelero con su mal humor. Y el relojero que ordena mecanismos abstractos. El que canta tan temprano en el camión sabe que vive este día por Era. Porque ella está aquí definida en el instante sembrada y cosechada sin esperar las estaciones, simultánea como una raíz de arborescencia unida a la tierra por un tronco de luz. El día de Era es la posibilidad del día del mundo. Si Era hoy no despertara, la luz del cielo perecería, sería ociosa, no tendría intento, quedaría aburrida en el umbral, regresaría a la noche para ya no salir de su nicho egipciaco. Ella no visitaría más el mundo, y al no verlo ni nombrarlo ni darle su lengua y su gemido a mi boca, el mundo nunca se diría, no tendría oídos, ni ojos ni piernas. Si Era no viniera hoy el mundo se abriría como la grieta en una hostia. Y ni siquiera la devastación sería posible. Pero no se preocupen, Era vendrá. Si ella no hubiera despertado, yo no estaría aquí para adornar con letras su bostezo disipador de sueños que nos temen.

Cuando vine a ti quedé encerrado en tu jardín. No sabía que bajo los alamillos fincaría mi respiración, que se le subirían las hormigas, que el aliento del conocido petirrojo que te visita con su estola sangrienta también escribiría en mi cuaderno el eterno instante de su lujosa fragilidad. No sabía, lo ignoraba, que estas raíces añosas serían mi casa, que las mañanas serían desde entonces la serena repetición del Todo y que tus redondeces crecerían en mis manos como delgados frutos goteando de la noche.

Era, cuando te vi ignoraba que me acercaba a un túnel de sol y que este césped sería la alfombra veraz de tu perfume que adiviné en tus muslos. No sabía que los días a partir que apareció tu rostro detenido en el borde de la transparencia (que nos dio cita) era un gong anunciando mi labor en la lluvia artificial de la manguera que alimenta el jardín que me asignaste como mi cobijo.

Entonces no sabía que tus senos eran la ventana a estos trinos ni que en tus labios entreabiertos silbaba el encantamiento para esta yacencia entre las flores, ni sabía que el tiempo en el momento de tu asomo se había roto en una grieta en forma de sonrisa que vaciaba todo pensamiento y me dejaba parado en una asana, donde las ramas de mis brazos apuntan a la luz originaria que extrae sus ritmos de mi disciplina en la mañana.

Hoy también entrará Era a la habitación del hotel Zentral. Cruzará el portón claveteado con tachones plateados y luego el salón donde un muchacho desvelado con el control en mano ve a la modelo repetir la noticia otra vez. Era tiene una cascada de agua que anudada a su cuello es la corola de su rostro y su cabello denso, oloroso a esencias; sube flotante la escalera para tocar la puerta donde al interior la espero viéndola en el transcurso de estas letras. Era es una mujer en sus cuarenta que vive a principios del milenio y cuyo ser en este ciclo me ha tocado anunciar. Por eso cargo esta fanfarria, este campanario en mi cabeza, el papel pergamino en la

palma de mi mano y la garganta de un cañón donde Era se multiplica en ecos, lluvia de aves que hablan, tlacuaches que conversan, flores de pétalos eternos en grietas de paredes minerales. Era toca la puerta. Conozco sus nudillos. Tiene anillos de cien alianzas convenidas con la sociedad de los planetas para pactar la paz y defender la luz más infantil del cosmos. Así que llega Era. Yo estoy bañado. Tengo en la mesa un platón de fruta que recorté del árbol de la noche. Tiene también la mesa la flor de mi poema para que Era lo oiga mientras come y distraiga sus ojos en los míos, en mi boca leyente. Que vea Era cómo el universo la creó en alguna esquina y puso entre mis dientes la manzana de sus labios. Ya la huelo. Viene apurada. Trae en su piel untado el cielo. Un manto de insectos la cobija. Alas de mariposa cubren su cabellera. Tiene en el jade de su pecho cuentas de semillas germinadas. Entra por fin al 25. Proyecta sombras diurnas. Todo está aquí sin condición porque Era no pide nada, sólo su estancia entre mis brazos, el arrullo solar en mis rodillas. Entonces se despliega el día. Tomo mi lanza, mi espada, mi escudo, mi arco, el carcaj, y orillo mi corcel al alba. Y Era tras de mí recoge las cabezas que corto a los molinos de viento. Ordena mis heridas y las lame. Se abren sus pupilas excitadas porque la sal de mi dolor es a sus labios dulce. La calamidad, un desafío que se parece al hambre. Al fin de la batalla comemos caracoles, gusanos ensartados en collares. Y nos besamos para festejar nuestra victoria donde quedaron los sepulcros de todos quienes no saben que esta vida se hizo para no comprenderla, que estamos en el mundo para imaginar nuestra llegada, que vivimos aún entre una nube de deseos embrionarios. Cómo sabe cosas Era que ignoran todos los que por ella nacen. Cómo arroja Era en su risa ríos de sapiencia, chorros de misterio. Por ella estoy aquí en mi lecho de guerrero donde siempre hay un telón encima, a punto de caer. Y sin embargo en la mañana amanezco, hago un torniquete de mi cuerpo, una trenza carmesí, un músculo tensado que sacude mi vientre y agranda cada vez más mi miembro hasta que sale por la ventana un mástil, un estandarte, una bandera negra que porta un hombre sin mandato, sin dueño, sin Dios, solo, efímero, frágil que contempla su cansancio, una huella en la arena, un pie que lo eslabona al pozo universal de los instantes, a este estar aquí sin Era porque ella está en su alcoba, escribe formándome en su mano, abriendo mis axilas para esconder estopa e incendiarme.

Lejos de Era, en la pared de roca que cae en vertical sobre el Grijalva, vi este libro que escribo abierto en par al infinito. Yo navegaba pensando en ella, en el hotel Zentral cuando su pie en el ejercicio del amor tiró un barrote de la cama, oía en su risa divertida, la sorpresa de ser clarividencia musculosa, guía del timón entre caimanes, monos arañas, sombras en la casa telúrica que abría sus folios para tallar su historia, una espiral de tinta, verbo, puente que cruzo cuando duermo. Y así si no la veo como hoy que escribo recordando otro río, sé que el sonar del agua, devorador de piedras, me lleva a ella que espera como una carcajada muda beber desde el océano mis ideas, crear hacia dentro del lenguaje un hueco, una tumba lunar escarbada en la meditación que inicia con la lenta palabra de su nombre, un dedo de uña larga que apunta a los espacios sin paisaje donde se empujan riendo los fantasmas del decir, escondido en la orilla del aire. Era, como lo ven las

cortezas de sol, no está aquí a mi lado. Pero no estoy triste. Era me espera sentada entre las nubes de una lectura que inventé. Por eso en el cuento la tomo de la mano hacia una cueva donde los animales tienen una ausencia imaginada. Los días sin Era son comidita que echo entre los labios de muñecas ligeras que cantan a toda hora la música de Orff. Son rondas de hadas, gatos escuálidos en la selva de mi mesa, yermos pastizales incendiados, labradores que huelen los más antiguos aromas del polvo. Era a todos baña después de la jornada, nos da en la boca pedazos de papaya crecida como sus propios senos vegetales. Era no es un mareo cilíndrico, no es un eco, más bien una voz-caballo, un verbo-crin, el galope sin brida que me lleva a pelo en su suspirada adoración por mis músculos horneados en sus brazos nocturnos. Era no podría esconderse. Grita entre violetas sus sutiles colores, se desdobra en la distancia igual a la visión de un calzoncito de mujer tendido al sol. Y con este ejercicio de escribir siempre habita mis párpados. Incluso cuando lloro todo lo visto la contiene.

Era hace su nido en estas transparencias oculares. Puso su talante de vigía en el castillo retiniano. Aquí trajo poco a poco pajitas invisibles hasta formar su nido de agua que refleja sin condición el mundo.

Era está conmigo cuando como flor de chuculú, arroz caliente con canela y una piña filtrada en el brazo de esa abuela.

Sé que me observa en la distancia con mis medias de lana. Y ella me sabe también el habitante que borda en el encaje de su ingle no importa cuántos palmos de tierra o cuartas de un gigante nos separen. El pueblo siempre sabe cómo le pertenezco aunque camine sin apenas decir, simplemente pensando en las calzadas de nuestro paso ausente, pero donde pactamos arduos secretos entre sonrisas pícaras. Todos lo saben, lo veo en la cara del niño que grita ¡agua! En la mujer que toma pozol en el vaso de una oración. Estoy en cualquier sitio oliendo a gasolina. Duermo deslumbrado por la luz neón del Hotel Albert. Estoy en una letra del festejo estridente, de rótulos mal hechos. Estoy entre la piel colgada de brazos de mujeres que narran sus desgracias. Saben todos que Era vive en la fe de mis ojos, por eso, cuando llego al cañón del Sumidero, el Grijalva me dice ¿trajiste a Era? Y ya la veo vestida en su desnudez más primordial, como una iridiscencia en el cauce que escoge en mis pupilas los verbos cultivados en otras aguas, atrás de mi mirada, donde Era ha dormido, donde quizá me sueña, viajero sobre sus olas. Todos saben que el río asalta mi mirada. La niña de piel pulida en los milenios lo sabe y me ofrece una flor de encajes. Así le digo que por Era confío, por ella arrojo en el mosaico los apegos y los piso como cigarros consumidos porque aprendo que en la tierra estamos para nacer muchas veces sin comprender que nadie guarda en sus manos la punta del principio.

La incertidumbre es ácida. Su sabor es el de ciertas plantas que tomaban los antiguos escribas para domar el tiempo. Un sabor que convive con la virtud de acero que pone a prueba el *hara*. Pienso esto mientras escucho las salidas que rasgan poco a poco el asfalto de mi mente. Uno de esos horarios me llevará hacia Era, inmóvil todavía en el azul del recuerdo. Voy a ella descargado del alma y en una

caja de cartón llevo toda mi historia. No inspira la estación. La tv chilla el anuncio, se encaja con precisión apresurada y yo medito en la dura banca sobre el verbo abandonar cuando pienso en mis hijos y en su madre que me despide y llora de alegría. Todos se dijeron muy contentos de saber que me voy sin saber a ciencia cierta a dónde ni con quién, pues cargo un secreto que habla sin pudor desde mis ojos. Y yo, extrañado de que cuán fácilmente logro quitarme una piel de treinta años que suman nuestros cuerpos ayuntados. Y ella al abrazarme dice: calla, no tienes qué decirme ni yo a ti pues lo sabemos todo como dos animales, hembra y macho, ociosos, encimados. Yo no te puedo hablar, mi cuerpo ha enfermado de ti, y si lloro es porque al fin cesará la inercia.

La escala del tiempo tiene nudos de sangre. Faltan varias horas para que Era entre en esta puerta, cruce el umbral de mi insomnio, viniendo de lejanías a este altar que honro en horcajadas, en el sudario del llanto, tejido en su ausencia.

Nacen preguntas que engendró su viaje sin mí. Tinieblas ahogan mi alma, ponen clavos en mi conciencia, vaho. Arena de cualquier playa. Silencio semilla en la grieta de mi corazón, en la fisura de su nombre, beso inhalado en esta infame noche de espera.

Un atardecer en las montañas Era unió con su voz el horizonte: cielo y tierra y al centro la yacencia del mar entre una sutil bruma respondió en igual lenguaje a su poema, mezcla de densidades atrapadas por la luz de sus dientes. Todos estábamos sentados alrededor del fuego de sus ojos que entre el bosque de pinos y oyameles vertía los recuerdos de su infancia. Como heno que cae, sus palabras sonaron al interior de un puño sin orillas y en la agitación emocionada de su apuesta rodaron envoltorios ovulares contenidos en el futuro de la palabra Era. Una vez los viandantes fuimos piel de crisálida al fluir Era, en su saliva el sol se consumió. Me levanté a su lado. Quería que me tocara con los mismos pinceles que abrían ese sonar de laberintos llovidos con sus verbos. Al final los aplausos. Lloraban unos. Otros tan sólo despertamos arrojados por la pureza placentaria a la soledad de un cielo parecido al que hubo antes de ser habitado por las aves. Era dio un trago al té, cerró su libro, dijo algo salido desde el sueño donde ella habitaba, ya no escuché pero sentí la manta de su piel cubriendo el frío que la noche me otorgaba para saber que en el mundo todo es un torbellino de encuentros y distancias.

Estoy otra vez en la habitación 25 del Hotel Zentral. Llegué en la madrugada a los brazos tibios de la cama que empieza a distinguirme entre la estampida de destinos supurados aquí. Era tocó la puerta. Amanecía cuando abrí y el bosque negro de su pelo iluminó praderas, hondonadas, los valles internos de su rostro, las grutas de sus ojos donde tejen sus trinos pájaros con cola de reptil. Los árboles sacudieron sus copas como una mujer lo hace con su cabello al salir de la ducha. El viento despertó de perfil.

Con sus dedos helados tomó aquella armonía del arpa de mi pecho y vi salir dos piernas y abrirse de la nada. Era se despojaba de ecos, hojarasca adherida a su

piel, en el transcurso del otoño. Cayeron al suelo trozos de cielo, cristal fracturado en el descenso.

Y abrí la sábana donde entró Era como un verso a la página tibia. Era desnuda me recordó a la tierra dibujada con arenas ardientes. Toqué desde su nuca a sus rodillas su plenitud torneada, para mí. Un oleaje de nubes masticado en su boca tomó forma de humo dicho desde mis labios. Tiene la habitación 25 del hotel Zentral un escondrijo en el muro para el grito de Era cuando su cuerpo se desdobla fugaz y rueda cama abajo arrastrando entre rocas troncos de mi ensoñación, bestias sorprendidas por el temblor de sus muslos. La habitación 25 ruge cuando por el balcón asoman a la calle nuestros rostros: claroscuro de una palpitación devastadora. Se detienen los transeúntes, los hombres se quitan el sombrero, las mujeres abren sus sombrillas, viejas beatas se persignan, los niños piden en coro a Era otra canción sanguínea que los haga sonreír. El sol está en el cenit. Le recuerda a Era que los ángeles la esperan a comer. Así que se despide mientras dice: allí en esa mesa dile a todos que no tengo vergüenza, que han presenciado la señal de mi misión, que vine aquí a dictar la perfecta armonía esculpida por tus manos. Escribe a los de afuera, mete la tempestad que atestiguaste en la botella y arrójala a las corrientes de tristeza, a los oleajes del rencor. Verás cómo la multitud se disuelve.

Olvídate de nosotros, dice mi hijo cuando toco sus músculos labrados en silencio y oscuridad desde su foso de meditación.

Encontrarás a alguien, dice su madre dándome un beso, y yo me río al verlos levantar la mano en el adiós. Me sorprende la vibración de mi pecho en la confianza de esta distancia que el taxi inicia. Y que los vasos bretonianos de nuestros ojos se llenen de la sangre surgida de la ausencia. Voy hacia Era, desciendo de la ciudad de niebla hacia el sol del horizonte que cubre el valle más antiguo, donde sus piernas desde hace un milenio se fincaron. No tengo miedo ni tristeza, al ver en el pequeño jardín que la vecina mantiene pulcro una cutícula, una superficie mía fallecida, un arrugado espejo que refleja desde muy lejos lo que Era masticó: gajos petrificados, estrenos de mi desnudez errante con la certeza móvil que Era significa en la compactación de las edades, que la hacen ahora ni antes ni después, riego vertical y horizontal, curación del dolor de mi cintura, pues siempre llego a ningún lado porque sé que la aventura es una hostia y que la acción —dice Azorín— es la fiesta del hombre y que lo mejor para escribir —escribe Hemingway— es estar enamorado. Así de fácil es subirse al potro del poema y sentir en la virtud mortal que nos acoge, la bendición para amar el instante. Me mudo de memoria y de país, voy hacia Era que dice al verme: eres el hombre más guapo del mundo.

Era llegó al amanecer. Venía desnuda. Todos los pájaros cantaban en su pubis. Una fauce de lince habitaba también en las montañas de sus senos y reía con sus ojos acechantes al encontrarme comiendo una manzana, que compartió dentro de mi boca. Abrió la ventana y me echó en su grupa; me llevó a su casa donde alimenta como bebés a los suspiros. Todo se hizo luz invisible que entraba en nuestros poros, y desde allá, en el cielo sin nubes, me enseñó el mar naciendo de su vientre. Estuvimos

así, entre nudos de carne nutriendo a todos los nativos de su mundo, besados por el hambre agradecida, que nos dejaba sin los huesos al interior de sangrientos laberintos.

A la mañana siguiente, Era llegó encendida prendiendo todo a su paso, el pomo de la puerta al tocarlo enrojeció. Sus cabellos volaban entre llamas. Y sus ojos tenían la concentración de un genital del sueño que avanzaba sobre mí crucificado entre sus piernas, fragantes no obstante el ardor que destilaban.

Era se metió en mi vientre como una dama blanca que cruza el umbral de un monasterio, agitando con su velo a las lechuzas, a todos los que leen sin vivir la contemplación que duerme en los espejos. Era hizo pavesas mis ideas, empañó los cristales donde yace mi corazón para ser apreciado en el salón de los misterios y todo se fundió raspado por su lengua. Era me volvió ceniza, cuenta abrasada, polvo cremado y finalmente sopló para que esta habitación fuese matriz de la neblina donde quedé vagando.

Era apareció otro día anegada en la rendija de la puerta. Mojando las patas de la mesa subió a mis muslos devorados por un montón de hormigas transparentes y al llegar a mis ojos cientos de pupilas dilatadas convirtieron mis párpados en un observatorio celestial. Era metió sus manos de agua en aquel orificio por el que mi corazón miraba a las estrellas y luego me llevó al escondrijo donde un pez dormido soñaba la flor de su entrepierna en la que se fermenta el manantial de sus pasos. Allí —en una orquídea helada— pronunciaba el mantra germinal. Era me dijo que entendiera: mis horas eran lentas. El cielo aquí en Oaxaca nunca nos traicionaba, siempre era un abismo luminoso, cima de nuestro sacro, fluyendo como ahora en la cama laguna, en la profundidad que resbalaba hasta llevarnos al antro azul para que las voces dejaran de ser nuestras. Éramos entonces ecos de agua que hilaba el subterráneo.

Era vivía en un valle creado para mirar el cielo. Más bien pretexto para plantar los pies, pues acá abajo nada sucedía. Había en él polvo, besos, sombreros desteñidos, niñas con ojos tallados como piedras de jade, mujeres que vendían hierbas para curar todos los males. Caudas de telares que simulaban un espejo horizontal. Sin embargo nadie veía hacia arriba. Era era un altar del cielo y al mirar por sus ojos no había necesidad de alzar la vista. Hija de las nubes, Era cursaba como el viento que tejía lienzos en violetas, púrpuras, azules. Si estaba sentada en un café, todos volteaban buscando entre sus muslos el origen de los trinos. Si caminaba, los hombres arrojaban sus bocas para que Era pasara por una alfombra de suspiros. Y cuando Era reía por sus senos escurría una lluvia muy antigua, una canción que tenía el leve temblor de las velas. Era tomaba a las esferas que habitan las semillas de los días y con la temperatura de sus dedos les daba su fecha de existencia. Arriba galopaban crines del desboco astral, llamas congeladas, carros de luceros y todos sabíamos que Era no tenía necesidad de las estrellas, no la sorprendía la sangre que derramaban los ángeles para que Era conociera el fervor que por sus poros profesaban los dueños del ritual, celebrado por los que viven en la caída. Era halcón sometía a los abismos, con su palma abierta convocaba los espacios que iban a sus manos para comer el trigo del instante.

Esa ocasión Era llegó directo de la luna. Venía sangrando menta, su olor era el de un bosque nocturno y en sus cabellos habitaban todos los tonos del silencio. Tenía en la cara la fatiga de un viaje; su desnudez apareció: un lago sin reflejos. Yo percibí en esa oscuridad un nudo de animales peleando por el bocado de mis dedos. Era portaba varias cicatrices, signos de una escritura que yo no comprendía, que había olvidado, pero con seguridad eran tatuajes de un ritual lunar. Besé cada pedazo de su cuerpo y vi en mis labios la tinta que un escriba mandó filtrar de los moluscos. A Era le admiraba mi desmayo agradecido por dejarme nadar en esas corrientes subterráneas y buscar en la base de sus poros las resonancias que crecían como el coral. Hasta que encontré la danza que tejía su memoria sin palabras. Allí —le dije— está el óvulo de tu circuito planetario, la boca donde se construye el grito de un coyote, los llanos de un glaciar. Era estuvo conforme cuando me vio perdido entre sus muslos. Así que decidió regresar a la casa de la luna y me arrojó a la almohada donde mi cabeza erosionada no tenía imagen ni cabello. Era un calcáreo amanecer que se agrietaba como un huevo para que nacieran las alas de otro instante.

Aquella vez Era contó la historia de un amor antiguo que aún le hacía sudar las manos. Al narrarlo aparecieron en sus ojos las arcadas de la Alhambra, los bares donde tocó la cara de ese amado que al irse la hizo entristecer hasta casi morir porque entonces ella lo esperaba mecida como espiga por el viento de su ausencia.

Era refiere que a través de aquel amado palideció su vida y alguien puso en su frente la corona del abismo. Era dice su nombre y se pega a mi cuerpo yendo a través de mi piel a ese recuerdo que construye en sus ojos un castillo para desde su torre contemplar el tiempo, mar en el que se cumplen los presagios.

Era estaba tibia y parecía dormir mientras decía que el sentimiento pocas veces la había visitado aunque lo conocía con su capa fantasmal oculto en las almenas jardinadas.

Era me mostró sus cicatrices. Eran profundidades de un arado, raíces descuajadas, huellas de matas que habían anidado en el aire y llevaban su nombre. Al tocarlas sentí aún la vibración de un eco, voces que cantaban su linaje verde. Al recordar aquellos nacimientos Era tenía en los ojos túneles de luz, versos santificados, oraciones que habían mordido la hostia de sus pezones. Cuando Era contaba aquellos crecimientos con mis manos sentí la densidad de una membrana abierta, los flujos de hoy esparcían el aroma de la tierra en descanso y no ocultaban la experiencia de un paladar centrado en todos los sabores de las frutas. Estábamos como siempre catando los destilados de nuestras bocas, visitadas como quien pasea en viejas bibliotecas atisbando paisajes, ciudades de palabras, epístolas de amantes desaparecidos. Y allí, sentada entre boscajes de papeles inscritos, Era me cantaba estrofas, himnos, sonetos que narraban sus gestas cuando aún no existía. Toca en mi vientre, me dijo Era, la sutil memoria de la tierra. Todos ustedes desde aquí comprendieron que debían olvidarme en su respiro, que al abrir los ojos a esta vida ningún recuerdo placentario perturbaría la pulcritud de sus instantes. Por eso cuando ven las heridas en la piel de la tarde creen que se trata de las líneas de una mano, telar de profecías

que solamente los amantes descifran. Ahora tú ya entiendes que desde aquí llegaste y por aquí también regresarás al polvo.

Era era el pensamiento de las eras. En su lengua se podían estudiar los sedimentos del tiempo, la concentración de todos los caminos que conducían al umbral de sus brazos.

Desde los pies a su cabeza, Era tenía edificado lo más esforzado de los hombres: pasajes, terrazas, torres, cúpulas, en cuyos muros estaban inscritas verdades y mentiras. Había en sus piernas huellas de multitudes consumidas en guerras. Y en su torso reposaban valles, desiertos que antes fueron vergeles para atrapar la risa de vírgenes perseguidas. Era en sus senos tenía cruces a la memoria de poetas despeñados, y en sus hombros albos se distinguían añejos campanarios donde se iluminaron los líderes del mundo. Cuando Era vagaba entre librerías se movía como una niña escogiendo una lectura y los tomos se abrían devocionales sabiendo que a fin de cuentas ella los había dictado, pues Era todo sabía en su gracioso olvido. Por eso sin decir nada Era reflexionaba pues por sus ojos pasaban con humildad las palabras. Purificadas agradecían hablar desde el silencio.

No sabes todo lo que me han dicho los hombres para conquistarme, dice Era. A ninguno le creí ni a ti al decirme que eras un pirata, un bucanero, un corsario, alguien en busca del botín de mis muslos. Acostumbrada a oír declaraciones desgarradas, disquisiciones afinadas en el deseo provocado por el principio de mis senos me dije: pues si es cierto aquí estoy, que me lleve en su barco a cruzar el océano de los días con el estandarte de mi libertad ejecutada en la orilla del viento. Yo pensé que eras igual a todos, enmascarado de intensidad que es tan sólo alucinada rutina, sed de partir con una dama robada de los arcones del sueño. Pero después, cuando llegaste a la habitación 25 del hotel Zentral y vi en tus ojos restos de llanto supe que cargabas una daga coloreada por la sangre del miedo. Entonces comprendí la certidumbre de tus palabras. Me deseaste con el temple de quien sonrío a la muerte.

Así acepté habitar la luz de tus costados y enseñar a todos mi blusa abierta, donde los azules de tus besos dibujan la cartografía de mi plenitud.

Era me dice: ¿por qué me ves así?, como un recuerdo. Es cierto —pienso—. Era no está completamente aquí. Su rostro de Dikini asoma por el marco de una ventana en la frontera de los verbos. Construido de ecos, su rostro, voces que ocultan y revelan salmos anónimos o un pájaro venido del ayer en el preciso instante que la beso. Era tiene un alma vieja. El equilibrio de sus rasgos prefigura la visión de un pintor devocional que trae a los murales de mis ojos escenas pastorales, nazarenos sudando, capillas esculpidas en Athos, doncellas que se esconden entre sus flujos lácteos.

Era es un principio que no se puede ver, apenas recordar. Y si la acaricio con el fervor de un misionero, mis manos le toman el rostro como un cáliz, ofrenda a soles absolutos.

Era me pide describirla mientras duerme. Quiere que la pronuncie en los oleajes de sus párpados cerrados, cuando monta el lomo de la luna y su inconciencia asoma

bajo temblores de agua. Respira suavemente. Aprendo a distinguir entre suspiros leves las sombras de su alcoba. Era dormida es el arcano mayor de la inocencia cuando las niñas púberes paran el juego vital de los deseos de quienes las soñamos. Es un jardín su nuca descansando en su almohada. Su espalda tibia lleva tatuado un mapa que sobre un tablón de barco lee un pirata, mientras la luz de la codicia mece los glúteos de Era cuyo litoral desciende a parajes olorosos a cien flores abiertas y enloquece a insectos que creen en la conquista al perderse en la llama húmeda de mi lengua. Duerme Era y urde la quietud de un lenguaje que muy pocos descifran, incluso yo que poseo la llave hacia ese arcón boscoso. Es que es fácil perderse en el laberinto de su rostro dormido que asoma en el mar de su inconsciente pues tiene pliegues laminados por una nocturnidad solar.

Era una vez Era en el principio al interior, al centro de los huesos. Allá en los vestigios encontrados, en la pared de roca más antigua y oculta en la raíz del sueño. Era empezó vagando, cubriendo con su cabello negro la desnudez de mi conciencia amanecida en grito de aves que recién aprendían también a despertar.

El cosmos ya tenía para sí su nariz respingada, sus labios delicados y la formación elegante de sus dientes. Y cuando otros bramaban de terror, Era cantaba y en secreto inventaba la tinta. Era el principio antes de cualquier verbo; por eso hoy que la veo sin que esté comprendo su cuerpo y su perfume licuados en distancia. Era habita la transparencia cruzada por el velero del deseo donde se urde mi camino. Y no deja de sorprender que esta muchacha, meditando en su alcoba que unta finas cremas en su cara, haya habitado tundras despiadadas, sea adorada por seres inundados de un origen que nunca podrá recordarse de tan tosco. Y cuando Era se pone ante el espejo midiéndose una tanga parece inconcebible que esas piernas de forma tan precisa hayan guerreado y combatido las sombras preverbales. La veo desde aquí donde no está como todos los que en el transcurso de las eras han adorado a Era incandescente como dan cuenta mis dedos quemados, mi lengua ardida, mi piel vaciada por sus manos en fragmentos eruptivos. Érase que se Era una chiquilla que creció rodeándome. Que desde el seno de mi madre me miraba como una curiosidad en la pecera traslúcida de su vientre en espera de que mi nariz anfibia tocara sus aromas de hierba y mis ictios ojos dejaran su fijeza para entrar al reino amable de los párpados y pudieran soñar su altura de hoy que camina por la plaza con su vestido verde viniendo mientras fumo a escuchar su poema matutino.

Era sólo nace en el silencio. Por eso viene a mí luego de abandonar su alcoba donde viví ocho días para memorizar los pliegues más sutiles de su sueño. Decidió no salir de mis costillas. Encerrarme en sus labios, digerirme entre jugosas matas que devora al avanzar en las praderas no pisadas aún por el Ouroboros. Me dijo: ¿quieres narrar el tiempo del vestigio? Pues ven a mi jardín. Tiéndeme bajo el álamo y ve crecer mi orgasmo. Siente cómo el instante habla el tiempo de la eternidad. Así que el césped fresco dibujó nuestros cuerpos en una esfera de gemidos. Así subí por las hojas de luz y me confundí entre pájaros que untaban en sus plumas los aromas de Era pues el sol dejó en mis manos un pan cocido en el desierto al que corté un pedazo para

mojarlo en la miel que lloraba el triángulo enclavado en la más amable textura de la tierra. Entre más placer lograba, más tristeza fluía por la mirada de Era. Le decía que me era imposible dejar ese registro en un poema y aún más: tras ocho días de raptó en la matriz de la noche, caja del dormir del mundo, en el alba de todo el despertar el poema me anegaba y privaba del poder de las palabras al poeta cuyas piernas se habían perdido por sus ojos donde el sentimiento se decía con la desnudez del silencio. Ocho días en la mansión de Era. Luna servida entre vapores, todas las noches, cada mañana. ¿Era tramaba clausurar la memoria sentándose en mi boca? ¿Qué santo y seña pronuncié en la puerta para que ésta se abriera temblorosa como una piel adolescente? Algo sucedería en el centro del cielo porque mi estancia al ras de su cabello en la ribera caliente de sus flujos arrebató de mis manos la escritura de la cual me ufanaba. Dejaba ardiendo en mis pulpejos la sensibilidad del ciego para poco a poco cubrirme el manto de lo increado. Era me dijo: ya no hay ausencia ni distancia. Estás aquí en mi lecho y no son imaginarios mis pezones. Nada tienes que extrañar entre mis brazos. Así que arroja a ese rincón los acertijos, aquí por fin llegaste y tus poemas y todas tus canciones y esas odas e himnos que has tejido son insensateces. Mejor bésame. 